



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 25 (2019)

EL MITO DEL GUERRILLERO: *EL EMPECINADO* DE PÉREZ GALDÓS

María de los Ángeles AYALA ARACIL
(Universidad de Alicante - Grupo de Estudios Galdosiano, GREGAL)

Recibido: 23-03-2019 / Revisado: 02-07-2019

Aceptado: 02-07-2019 / Publicado: 20-12-2019

RESUMEN: En el presente artículo se abordará cómo Galdós en *El Empecinado* contempla el fenómeno de la guerrilla, cuáles fueron las motivaciones que llevaron a la gente del pueblo llano a empuñar las armas y las consecuencias que esta guerra irregular causó en la sociedad española posterior.

PALABRAS CLAVE: Pérez Galdós, *El Empecinado*, *Episodios nacionales*, Guerra de la Independencia, siglo XIX.

THE MYTH OF THE GUERRILLERO: *EL EMPECINADO* BY PÉREZ GALDÓS

ABSTRACT: In this article we will discuss how Galdós in *El Empecinado* contemplates the phenomenon of the guerrilla, what were the motivations that led the people of the village to take up arms and the consequences that this irregular war caused in later Spanish society.

KEYWORDS: Pérez Galdós, *El Empecinado*, *National Episodes*, War of Independence, Nineteenth Century.

Juan Martín se convirtió desde fechas tempranas en uno de los guerrilleros más populares al concitar rápidamente la admiración de los españoles, pues su valentía, su pericia, su tesón, su carácter indómito y su apasionada defensa de la libertad, convirtieron a este guerrillero, nacido en 1775 en el seno de una familia de acomodados labradores de Castrillo del Duero, en uno de los símbolos y mitos del patriotismo español y de la resistencia a la invasión francesa napoleónica. Juan Martín, apodado *El Empecinado*¹, se involucró en la lucha contra el ejército invasor alrededor de los meses de abril y mayo de 1808, al comenzar a interceptar correos franceses, detener convoyes y capturar soldados franceses en la carretera que une a Burgos con Madrid por Somosierra. Bien pronto Juan Martín se convirtió en héroe de Castilla, primero, y de toda España, después, por sus innumerables hazañas². Una mitificación llevada cabo, como sucedió con las más destacadas batallas y héroes en esta lucha contra el francés, por la historiografía, la literatura, la prensa y la pintura (Ausín Ciruelos, 2016: 152), pues no podemos olvidar que, en el caso de Juan Martín, además de biografías, obras teatrales, poemas, artículos periodísticos, el genial Goya realizó uno de los más célebres retratos de *El Empecinado* en el temprano año de 1809. Galdós a la altura de 1873-1874, cuando está redactando el penúltimo episodio de la primera serie, contaba con numeroso material noticioso, ya que se había publicado tanto un relevante número de obras de carácter biográfico —*Resumen histórico militar de los principales hechos del Señor D. Juan Martín, por sobrenombre El Empecinado*, de Francisco Ruiz de Concejares (1811); *El Brigadier Don Juan Martín (El Empecinado) defendido contra la Gazeta de la Provincia de Guadalajara, del 23 de junio de 1811*, de Nicolás de Uriz, (1811); *El Empecinado. Apuntes de la vida y hechos militares del brigadier Don Juan Martín Díez*, anónimo (1814); *Biografía de don Juan Martín el Empecinado* (1843)—, como de poemas insertos en los principales periódicos del momento y obras teatrales, como, por ejemplo, la comedia en tres actos estrenada en Cádiz en 1810, *Origen del Patriotismo del Héroe de Somosierra, o sea El Empecinado* de Diego del Castillo, la anónima comedia titulada *Entrada del Empecinado en Valencia* que se puso en escena durante cinco días de 1811 en Cádiz (Romero Ferrer, 2013: 212), *El heroico Empecinado en los campos de Alcalá* que se representó en agosto de 1813 en el madrileño teatro de la Cruz o la titulada *Sitio de Calatayud por el Marte Empecinado* de Antonio Valladares de Sotomayor (Ausín, 2016: 144), obras que glosan las hazañas de *El Empecinado* y que contribuyeron a la mitificación de este singular guerrillero, es decir, existía una tradición literaria en la que se remarcaba que la lucha contra Napoleón había sido fruto del patriotismo de un pueblo entero, sin distinción de clases, alzado en armas contra el invasor, y en la que habían destacado esos

1 Juan Martín debe el apodo con que fue conocido, *El Empecinado*, al lodo o *pecina* que rodeaba al arroyo de Botijas de su pueblo. Por Real Orden de 1814 fue autorizado para utilizar este nombre en todos los documentos oficiales. Galdós recoge esta información sobre el origen del apodo en el capítulo vi.

2 Juan Martín nació en Castrillo del Duero en 1775. Comenzó su carrera militar participando en la campaña del Rosellón contra los franceses. En 1808 se lanzó al campo acompañado de algunos familiares y convecinos y pronto organizó partidas de guerrilleros que hostigaron a las tropas napoleónicas hasta 1814. Sus hazañas se desarrollaron por las provincias de Valladolid, Burgos, Segovia, Guadalajara y Cuenca. Comandó unos diez mil hombres, extendiéndose sus acciones ocasionalmente por la cuenca mediterránea y la frontera portuguesa. Sus acciones se coordinaron con las emprendidas por Wellington. La defensa a ultranza de la Constitución de 1812 le llevó a su enemistad con Fernando VII y aunque cuando se restablece dicha constitución en el Trienio Liberal se le nombra gobernador militar en Zamora, restituyendo con este cargo de responsabilidad su buen nombre, tras el fracaso del Trienio Liberal, Juan Martín será apresado y conducido al castillo de Roa, donde fue condenado a muerte y ejecutado por expreso deseo de Fernando VII.

En estos últimos años, coincidiendo con la celebración del Centenario de la Guerra de la Independencia ha aparecido un notable número de obras centradas en el estudio y revisión del fenómeno de la guerrilla y los efectos producidos en la sociedad española del siglo XIX. Destacamos, entre otros, los siguientes: Vilar, 1999; Aymes, 2001:15-34; Moliner Prada, 2004 y 2008; Esdaile, 2006.

guerrilleros que llegaron a comandar los ejércitos nacionales sin perder su propio carácter, tal como sucedió con el propio Juan Martín³.

En el episodio dedicado a *El Empecinado* Galdós juega de forma ladina con los lectores. Toda la primera serie de los *Episodios nacionales* se construye con la intención de reforzar la idea de que la Guerra de la Independencia tuvo la virtud, en medio de la desunión existente entre absolutistas, conservadores, liberales, patriotas y afrancesados, de afianzar entre los españoles la idea de pertenencia a una misma y única nación, a una patria por la que la población, sin distinción de clases sociales, estaba dispuesta a derramar generosamente su sangre. No obstante a lo largo de estos episodios Galdós va introduciendo emociones e ideas contradictorias, pues si es evidente, como hemos señalado, que la primera serie mitifica el heroísmo del pueblo español en la lucha contra el invasor francés, por otro también cuestiona la licitud de la guerra y se rechaza la capacidad de la misma para empujar a los hombres hacia su mayor embrutecimiento y conducirlos a la pérdida de sus más preciosos valores.

Galdós, a través de Gabriel Araceli, afirma ya en las primeras líneas del episodio cuál es su propósito:

Ahora voy a hablar de las guerrillas, que son la verdadera guerra nacional, del levantamiento del pueblo en los campos, de aquellos ejércitos espontáneos, nacidos en la tierra como la hierba nativa, cuya misteriosa simiente no arrojaron las manos del hombre; voy a hablar de aquella organización militar hecha por milagroso instinto a espaldas del Estado, de aquella anarquía reglamentada, que reproducían los tiempos primitivos (Galdós, 2006: 575).

Si nos fijamos en esta declaración de intenciones, Galdós se desmarca del propósito que predomina en esa tradición literaria (Freire López, 2007 y 2008; Díez de Revenga, 2007; Rubio, 2007; Sánchez García, 2008) que mitifica batallas y héroes destacados en la lucha contra el ejército napoleónico, pues sus palabras y el tono empleado nos anuncian su intención de analizar y describir con ecuanimidad el fenómeno de la guerrilla, aunque, al final del párrafo extractado, no pueda evitar incluir una nota, una alusión de carácter negativo en la frase «que reproducían los tiempos primitivos», es decir, tiempos de violencia, de barbarie y de muerte.

Galdós ya aludió de forma velada o aislada en episodios anteriores a su preocupación por el fenómeno de la guerrilla, como sucede en *Bailén*, aunque su propósito principal del mencionado episodio sea la mitificación de la primera victoria del ejército español sobre el francés, una gesta heroica colectiva en la que intervino tanto el ejército reglado, como la guerrilla y la gente sencilla de los pueblos de Andújar y Bailén. Galdós en este episodio ya plasma con suma precisión la composición del heterogéneo ejército español, desde el mismo momento que la Junta de Sevilla indultó el 15 de mayo de 1808 a todos los contrabandistas y penados, decisión que provocaría la incorporación de una legión de individuos al ejército que si no eran la mejor gente del mundo por sus costumbres «en cambio no temían combatir [...] caballeros de muy buen temple, que sabían dónde echaban la boca del tabuco» (2005: 605), lo que les llevó a convertirse en auxiliares muy eficaces del ejército como sabemos. Galdós precisa en *Bailén* los componentes de la tropa

³ Sobre el tratamiento literario del guerrillero véase, entre otros, los siguientes trabajos: Freire (2008: 283-304; 2009); Ayala (2016: 3-16); Ripoll Sintes (2017: 309-326); Flores Ruiz (2018: 111-129); García Castañeda (2018: 99-110); González Dávila (2018: 53-63).

española que al mando del general Castaños infligió la primera derrota al ejército napoleónico, triunfante hasta este momento en sus campañas militares por Europa:

Bandidos y contrabandistas unidos a los cuerpos reglados, a honrados paisanos, granujas, vagabundos de la sierra, cuchillos de Córdoba. Holgazanes convertidos en guerreros al calor de aquel fuego patriótico que inflamaba el país; perdidos y merodeadores, que ponían al servicio de la causa nacional sus malas artes; lo bueno y lo malo, lo noble y lo innoble que el país tenía, desde su general más hábil hasta el último polaire del Potro de Córdoba, paisano y colega de los que mantearon a Sancho, tales eran los elementos del ejército español.

Se formó de lo que existía; entraron a componer aquel gran amasijo la flor y la nata de la Nación; nada quedó escondido, porque aquella fermentación lo sacó todo a la superficie [...] Removido el seno de la patria, echó fuera cuanto habían engendrado en él los gloriosos y los degenerados siglos; y no alcanzando a defenderse con un solo brazo, trabajó con el derecho y el izquierdo, blandiendo con aquel la espada histórica y con este la navaja (2005: 605).

Galdós al titular el penúltimo episodio de la primera serie con el nombre de un guerrillero famoso, *El Empecinado*, parece dar a entender a sus lectores que se van a encontrar con la exaltación o glorificación de este héroe popular. Sin embargo, Galdós nos ofrece mucho más, ya que las páginas dedicadas a este personaje son menores que las utilizadas para describir a los numerosos guerrilleros que pululan por las páginas del episodio, ofreciéndonos un muestrario sumamente significativo de la composición de estos ejércitos irregulares y de las distintas motivaciones que llevaron a estos hombres a enrolarse en la lucha armada. Desde el principio Galdós a través de la mirada de Gabriel, que actúa a lo largo del episodio, fundamentalmente como testigo presencial que da fe de la veracidad de lo relatado, incide en la singular composición del ejército comandado por Juan Martín:

Pronto vimos desfilas por la única calle del lugar, sin formación, orden ni concierto, un pequeño ejército compuesto de infantes y jinetes, armados los unos de trabuco, de escopeta los otros, cada cual vestido según su calidad, gusto o hacienda, casi todos con un pañuelo en la cabeza por único tocado, el ceñidor en la cintura, la manta puesta al hombro y la alpargata en el infatigable pie (2016: 580).

Un ejército que funda el éxito de la batalla en su estrategia, en el arte de reunirse y dispersarse y cuya principal arma no es tanto el valor de sus hombres, que lo poseen, sino el conocimiento exacto del terreno que pisan, de manera que guerrilleros y naturaleza parecen fundirse para evitar ser apresados por los soldados franceses. Las guerrillas son sinónimo de sorpresa, pues sus componentes hacen acto de presencia y se disuelven, como por instinto, «Desparramándose como el humo al ser vencidos, y se condensan como los vapores atmosféricos, para llover sobre el enemigo cuando menos este lo espera» (2006: 733), de ahí la dificultad de los franceses para combatirlos.

Galdós sitúa la acción novelesca en mayo de 1811, cuando el general Blake fue enviado por las Cortes para defender Valencia de las tropas francesas dirigidas por el mariscal Suchet y a Juan Martín le otorgaron la jefatura de la quinta división, integrada por alrededor de tres mil hombres, del segundo ejército nacional acaudillado por el capital general D. Carlos O'Donnell. Estamos ante la presentación de un guerrillero en su plenitud, en su madurez, lo que no impide a Galdós incluir, cuando lo considera oportuno, referencias a determinadas acciones llevadas a cabo por Juan Martín en años anteriores. Galdós

muestra en este episodio su excepcional talento para llevar a cabo esa singular caracterización que logra al trazar a sus personajes novelescos. Galdós esboza con certeros trazos la fisonomía y la psicología de los mismos a través de unos retratos y caricaturas de las que se desprenden los rasgos más esclarecedores de su personalidad, pues el arte descriptivo galdosiano, tal como subrayó Baquero Goyanes, está «hecho de realismo y desmesura, de concreción e hipérbole, de exactitud y de ficción» (1963: 47), elementos que podemos rastrear en los numerosos retratos incluidos en este episodio, tales como el de la guerrillera Damiana Fernández, una mujer joven, delgada, con cierto aire varonil que «Vestía de la cintura arriba arreos militares, llevando pistolas y mochila [...] el resto de su persona lo cubría a lo mujeril» (2006: 586); *Narices*, «hombre pequeño, flaco y resbaladizo como una culebra» (2006: 595); *El Crudo*, «un guerrillero rechoncho y membrudo, bien armado y que parecía hombre a propósito lo mismo para un fregado que para un barrido en materia de guerra» (2006: 599) o *Viriato*, *el Cid Campeador* y *Don Pelayo*, apodosos ilustres que habían elegido tres estudiantes de Alcalá, alegres, animosos y entusiasmados con aquella clase de vida. Mención especial merece el retrato de Santurrias, el guerrillero que haciéndose acompañar por *El Empecinadillo*, un niño de dos años acogido por la partida, espiaba en las ciudades ocupadas por los franceses, simulando ejercer la mendicidad con el mencionado niño en sus brazos y mostrando sus piernas llenas de falsas llagas. Un retrato en el que Galdós abandona la descripción objetiva y realista al incluir rasgos caricaturescos en el mismo y en el que el efecto cómico se logra tanto por la mención a un personaje aparecido con anterioridad en el episodio *La corte de Carlos IV*⁴, como por la cosificación del personaje, asimilado a una gorra de cuartel: «Era el mismo acólito de don Celestino del Malvar, el mismo rostro que no indicaba ni juventud ni vejez, la misma boca, cuyo despliegue no puedo comparar sino a la abertura de una gorra de cuartel cuando no está en la cabeza, la misma doble fila de dientes, la misma expresión de desvergüenza y descaro» (2006: 585).

Dos personajes de relieve que mantienen el protagonismo a lo largo de todo el episodio son Vicente Sardina⁵ y Antón Trijueque. El primero, jefe de la partida de *El Empecinado*, un hombre enteramente contrario a la idea que hacía formar de él su apellido, es decir, «voluminoso, no menos pesado que un toro, con algo de expresión episcopal o canonjil en su mofletado semblante, muy risueño, charlatán, bromista y franco hasta lo sumo» (2006: 580). El segundo es un cura aragonés que había abandonado su parroquia para empuñar las armas y que se había convertido en el segundo jefe de la partida, «un hombre altísimo, descarnado y morenote, con barba entrecana, pelo corto, ojos fieros, cejas pobladísimas y unas manos tan largas como velludas» (2006: 585). Dos retratos marcadamente realistas que se irán redondeando en páginas posteriores, especialmente en el caso del valiente, desmesurado y violento estratega Antón Trijueque, pues Galdós va trazando diversos retratos aumentando los rasgos caricaturescos, hiperbólicos en los mismos, tal como se aprecian en el texto que reproducimos:

4 D. Celestino del Malvar es un clérigo, tío de Inés, un hombre benévolo, simple que no poseía rentas, ni capellanía, ni beneficio alguno y que esperaba con su buena fe y candor ser nombrado párroco del cualquier iglesia sin conseguirlo. Aparece en el tercer capítulo de *La corte de Carlos IV*.

5 Vicente Sardina es un personaje de existencia real. Los datos biográficos con los que contamos son escasos: Se alistó como soldado en el regimiento de Caballería de Calatrava en mayo de 1808 y en septiembre de 1809 se incorporó a la partida de *El Empecinado* con el que sirvió toda la Guerra de la Independencia. Intervino en numerosas acciones, entre ellas, Sigüenza, Miralbueno, Solanillos, Torija, Brea, Torrelagua, Gógoles, Trillo, Cifuentes, Brihuega, Calatayud, Almunia, recibiendo el grado de teniente coronel del Regimiento de Caballería de Cazadores de Guadalajara por su valentía. Sus intervenciones continuaron durante los años posteriores, destacando las realizadas en el sitio de Soria y del cerco y rendición de Guadalajara en 1813. En 1814 recibió el grado de coronel.

¡Dios mío, qué hombre más alto! Era un gigante, un coloso, la bestia heroica de la guerra, de fuerte espíritu y fortísimo cuerpo, de musculatura ciclópea, de energía salvaje, de brutal entereza, de barro humano, con el cual Dios podría haber hecho cuatro almas delicadas, era el genio de la guerra en su forma abrupta y primitiva, una montaña animada (2006: 584).

Su primitivismo va progresivamente aumentando, pues si en el momento de presentárnoslo Galdós subraya su colosal figura, su mirada fiera, sus pobladísimas cejas y sus manos velludas, lo que le asemeja a un ser del reino animal, en este segundo retrato la inhumanidad del personaje se intensifica al ser comparado ahora con la naturaleza desatada, una animalidad oscura, amenazante que se expresa con rotundidad al establecer en una nueva caricatura la estrecha relación existente entre mosén Antón y su caballo:

El cura iba caballero en un gran jamelgo, que parecía, por su gran alzada, hecho de encargo para que sobre la muchedumbre ecuestre y pedestre se destacase de un modo imponente la tosca y tremebunda estampa del jefe de Estado Mayor. Caballo y jinete se asemejaban en lo deforme y anguloso y ambos parece que se identificaban el uno con el otro formando una especie de monstruo apocalíptico. Los brazos larguísimos y negros de mosén Antón dictando órdenes desde la altura de sus hombros; las piernas, ciñendo la estropeada silla, que echaba fuera el relleno por informes agujeros; la sotana partida en dos luengos faldones que agitaba el viento, y que en la penumbra de la noche parecían otros dos brazos u otras dos piernas, añadidas a las extremidades reales del caballero; el escueto cuello del corcel, ribeteado por desiguales crines que le daban el aspecto de una sierra; su cabeza negra y descomunal, que moviéndose a compás de las patas, parecía un martillo hiriendo en invisible yunque, el son metálico de las herraduras medio caídas, que iban chasqueando como piezas próximas a desprenderse; todo esto, que no se parecía a cosa ninguna vista por mí, se ha quedado hasta hoy fijamente grabado en mi memoria (2006: 593).

Si Vicente Sardina es un personaje de existencia real, dos nuevos guerrilleros también pertenecen a este ámbito: Saturnino Albuín, *El Manco*⁶ y, naturalmente, Juan Martín, *El Empecinado*, dos retratos que no pueden ser más opuestos como vamos a ver; el primero pequeño, enjuto, ágil de movimientos, de fuerza elástica y flexible en el combate; *El Empecinado* hercúleo, con gran fuerza muscular, cuerpo dotado de energía, resistencia y terquedad, desaliñado en el vestir, tosco, de modales bruscos y habla tarda y torpe, pero expresiva⁷. Si las fisonomías no pueden ser más opuestas, la valentía, la pericia y el arrojo

6 Aunque Galdós lo apellida en el episodio Albuín, en realidad se llamaba Saturnino Albuín Fernández (1781-1860), uno de los guerrilleros más audaces de la partida de *El Empecinado*. Su apodo *El Manco* se debe a que perdió un brazo luchando contra los franceses. No obstante en 1812 se pasó al bando napoleónico y encabezó una compañía de renegados con el fin de perseguir a los guerrilleros, tal como el propio novelista explicita en el episodio.

7 Con no poco humor Galdós pone de manifiesto el carácter iletrado de *El Empecinado* y su escribiente al dictar este parte de guerra a sus superiores: «Estos renglones están torcidos... ¡Qué dirá el general cuando tal vea!... pues. Después de los latines... (porque estos principios son latines y boberías), pon: *participo a vuecencia y pongo en conocimiento de vuecencia*; pero son estos muchas *vuecencias* juntos...»

El Empecinado se rascaba la frente, buscando inspiración.

—Bueno ponlo de cualquier modo... Ahora sigue... *que hallándonos en Ateca el general Durán y yo... Animal Areca se pone con H... eso es, que hallándonos en Ateca, resolvimos... está muy bien... resolvimos con dos grandes erres a la cabeza... así se entiende mejor... atacar Calatayud... Calatayud también se pone con H..., no, me equivoco. Maldita gramática. [...]*

—Si tú supieras de letra la mitad que aquel bendito escribano de Barrio-Pedro, que nos mataron el mes pasado...

en el campo de batalla corren parejos en ambos. Sin embargo, su forma de entender la guerra, sus motivaciones personales son totalmente distintas. *El Empecinado* es un hombre de sentimientos nobles. Lucha por defender su patria, por alcanzar la gloria, la libertad, la independencia, unas motivaciones que él supone presentes también en sus *empecinados*. Juan Martín en los primeros capítulos del episodio se muestra orgulloso del buen resultado de sus acciones en el campo de batalla, pero, sobre todo, manifiesta su satisfacción por el cariño que le muestra su gente. El gran estratega tiene una imagen idealizada de la tropa, lo que le lleva a afirmar que todos ellos «se dejarían matar por mí [...] yo tengo a mis órdenes los hombres más honrados del mundo. Ninguno de estos es capaz de faltar ni tanto así» (612). Una imagen idealizada del mundo de la guerrilla que Galdós trata de destruir casi desde ese mismo instante al introducir las quejas de Albuín sobre lo poco rentable que resulta la guerra, pues el botín confiscado a los franceses se envía por orden de Juan Martín a la Junta para que esta lo utilice a su conveniencia, mientras que las pagas a oficiales y soldados se retrasan hasta la eternidad. Albuín, alterado, alzando la voz, acusa a ciertos *uñilargos* de no entregar el dinero confiscado, de manera que los héroes, los hombres que como él pasarán a la historia por sus hazañas, mientras vivan tendrán que conformarse con comer «pedazos de gloria y páginas de libro» (2006: 616), indicando de este modo la cruda y miserable existencia de los soldados, sin comida, apenas cubiertos por andrajosos trajes de paisano. Albuín muestra una rechazable conducta moral al difundir rumores sobre la falta de honestidad de *El Empecinado*, airado como está, de que el general no comprenda la humillación que para él supone servir sin pagas, sin ascensos, sin botín, sin remuneración ni provecho alguno» (2006: 618). En conversación con mosén Antón, Saturnino Albuín muestra su descontento porque Juan Martín es un obstáculo que impide satisfacer su más que probada avaricia, mientras que el citado cura también expresa sus quejas pues *El Empecinado* le impide dar rienda suelta a la violencia que le caracteriza. Él lo que pide, a diferencia de Albuín, «es sangre, sí señor, ¡sangre! ¡sangre!» (618). Se rebela contra lo que supone la *blandura*, la debilidad de *El Empecinado*, su generosidad con el vencido, con los franceses a los que apresa, una actitud que se corresponde como todas las demás con la actuación del guerrillero real. La insurrección comienza a forjarse, los rumores sobre las fuertes disputas entre los oficiales se extienden, y la lealtad al *Empecinado* se diluye entre los miembros de las partidas. La latente insurrección estalla cuando *El Manco* y Trijueque, desoyendo las órdenes de *El Empecinado* de acudir en su auxilio a Alfamén, deciden dirigirse a Calcena, obteniendo una gran victoria, una hazaña que, sin embargo, obliga a *Orejitas*, guerrillero leal a Juan Martín, a levantar el sitio de Borja al no contar con la ayuda de mosén Antón, es decir, las acciones unipersonales de Albuín y Trijueque desbaratan el plan trazado por *El Empecinado* de atacar Borja y Alagón y obligar de esta forma a los franceses a que saquen sus tropas de Zaragoza. Juan Martín estalla al llegar a Calcena, tras darse cuenta de cómo ha quedado el pueblo tras el paso devastador de mosén Antón:

Don Juan Martín salió también a recorrer el pueblo, que ofrecía el más horroroso aspecto, después del doble saqueo. En las calles veíanse hacinadas ropas y objetos de mediano valor que los soldados habían arrojado por las ventanas; los cofres, las arcas abiertas obstruían las puertas, y las familias desoladas recogían su efectos o buscaban con afanosa inquietud a los niños perdidos. La plaza estaba

Estas letras gordas y claras, con un rasguito al fin de que dé vueltas y los palos derechos... Cuidado con los puntos sobre las íes... que no se te olviden... Ponlos bien redondos... Sigamos. *Yo (coma) no llevaba conmigo (coma) más que la mitad (coma) de la gente (dos comas) [...]*» (2006: 609).

llena de cadáveres, la mayor parte franceses, algunos españoles, y por todas partes abundaban sangrientas y tristísimas señales de la infernal mano del más *cruel e inhumano* de los guerrilleros de entonces (2006: 636).

Hurtos, saqueos, violencia injustificada que *El Empecinado* no está dispuesto a tolerar. Tras una larga y acalorada conversación donde Juan Martín hace valer su jefatura, Albuín tendrá finalmente que doblegarse a la autoridad de su caudillo, quien le indulta de ser fusilado, generosamente, como reconocimiento a su valor, tras obligarle a devolver los 300 pesos que se había guardado para sí. El soberbio y orgulloso Albuín, sin reconocer sus errores, convencido de que Juan Martín le ha maltratado, vejado, decide abandonar la partida.

La insubordinación se extiende, pues al abandono Albuín, *El Manco*, al mando de cuatrocientos hombres, se suma poco después la desertión de mosén Antón, envidioso del prestigio y la admiración que despierta *El Empecinado*. Ambos, por motivaciones distintas, el dinero en el primer caso, el ansia de poder, en el segundo⁸, deciden traicionar la causa nacional y pasarse al bando contrario. La suerte de estos personajes está echada, La falta de valores éticos y patrióticos los descalifica para ocupar un lugar en la historia, pues «la traición es una mancha que no se cubre ni se borra» (688), tal como apostilla Gabriel en los últimos capítulos del episodio.

Al final del episodio, Mosén Antón reconocerá, tras ser atrapado por los guerrilleros de Juan Martín, las verdaderas motivaciones de su desertión: «Hay algo más, hay ambición de gloria, de llevar a cabo grandes proezas, de asombrar al mundo con el poder de un solo hombre, hay un ansia horrorosa de que ningún nacido valga más que yo, ni pueda más que yo» (2016: 741) y el poder y el prestigio de *El Empecinado* le impiden, desde su alucinada percepción, lograr sus propósitos⁹.

Galdós en el capítulo v señala que el caudillaje en España está representado por tres tipos: el guerrillero, el contrabandista y el ladrón de caminos. El aspecto es el mismo, lo que les diferencia es el sentido moral de sus acciones y las partidas que se formaron para

8 Este cura guerrillero no puede someterse a las órdenes de *El Empecinado*, ansía la gloria, el lucimiento personal, colmar su violencia injustificada con sus enemigos, de manera que cuando el general Gui le envía una carta calificándole de *primer estratega del siglo* y le promete el mando de tres mil hombres, mosén Antón comete la iniquidad de abandonar a Juan Martín, el hombre que le facilitó la reputación de la que gozaba. Antón Trijueque rememora su tiempo como cura en Botorríta, desasosegado, descontento con aquella vida tranquila, hasta que llegó la noticia de los sucesos del Dos de Mayo, pues a partir de ese momento llevado por la furia patriótica se compró un trabuco. Galdós haciendo gala del humor cervantino recrea la llegada de Juan Martín al pueblo, lo que provoca que el cura enloquezca de entusiasmo y abandone el pueblo para engrosar las filas de la partida de *El Empecinado*. Extractamos algunos párrafos de la cómica descripción de la actitud de Antón Trijueque: «¿Quiénes son esos macabeos que entran en el templo de Dios, armados de guerreros trabucos, cual los hijos de Asmodeo? Benditos sean los soldados que vienen con su tren de escopetas y navajas, como Matatías, cuando marchó contra Antíoco Epifanio [...] Y en ese estilo seguí insertando disparates. El pueblo y los guerrilleros se volvieron locos y con sus patadas y gritos atronaron la iglesia. Seguí mi misa... ¡Ay! cuanto consumí no supe lo que hice; no respondo de haber tratado con miramiento en santo cuerpo y a la santa sangre de Nuestro Señor... El cáliz se me volcó [...] Yo no cabía en mí y los pies se me levantaban del suelo. Todo cuanto tocaba ardía, y hasta dentro de mí creí sentir las llamas de un volcán. Cuando me volví al pueblo para decir *Dominus vobiscum*, alcé los brazos y grité con toda la fuerza de mis pulmones: ¡*Viva Fernando VII, muera Napoleón!* Juan Martín, subiendo precipitadamente al presbiterio, me abrazó» (2006: 692).

9 Mosén Antón responde ante la acusación de Juan Martín de haberse pasado al bando invasor napoleónico de la siguiente manera: «—¡Yo francés! ¡Qué dices desgraciado! —exclamó el cura haciendo esfuerzos por desasirse de la cuerda que le sujetaba—. No hay paciencia para soportar tal injuria. Yo no soy francés. Hui de mi campo, no por servir a los franceses, sino porque ellos me sirvieran a mí. Hui de mi campo para castigar tu fiero orgullo, para desposeerte de un puesto que, en mi entender, me pertenecía, para emanciparme de una superioridad que me era insostenible, porque yo, Antón Trijueque, no quepo debajo de nadie, ni he nacido para la obediencia, porque yo he nacido para llevar gente detrás de mí [...] porque mi cerebro pide batallas, marchas, movimientos, y operaciones que no puede realizar un subalterno; porque yo necesito un ejército para mí solo, para mi propio gusto, para llenar todo este país con mis hazañas como lo lleno con mi espíritu guerrero» (2006: 742).

limpiar a la patria de franceses pueden ser «el sumo bien o mal execrable» (2006: 606). Galdós a través de su tipología de guerrilleros explicita el singular comportamiento ético de sus peculiares personajes, destacando por su valoración positiva en primer lugar a *El Empecinado*, por servir de ejemplo moral para su tropa, por su generosidad con el vencido, por su bravura en el combate, tal como se señala entre otros muchos, en el siguiente párrafo, cuando se produce el funesto encuentro entre las fuerzas de *El Empecinado* y las de mosén Antón en Rebollar de Sigüenza, y donde el primero será derrotado en una encarnizada batalla:

Corrí [Gabriel] allí. Don Juan Martín, acompañado de sus más fieles amigos, se defendía con bravura y allí mataban franceses y renegados de lo lindo. Era un grupo aquel que atraía y fascinaba. En el centro el general se multiplicaba y con el espectáculo de su heroísmo no había a su lado quien no se sintiera con fuerza sobrenatural y un gran aliento para ayudarle (2016: 670).

También destaca en esa valoración positiva de algunos de los guerrilleros la figura de Vicente Sardina, personaje secundario, pero del que se vale Galdós, al igual que de Gabriel, en ocasiones, para dejarnos oír su voz. Vicente Sardina, con frecuencia, parece expresar las opiniones y sentimientos que despiertan en el propio Galdós los hechos narrados. Sus recelos ante el fenómeno de las guerrillas, el carácter bullicioso e inquieto de los españoles, la inclinación natural de los mismos a las insurrecciones armadas, y, especialmente, el vaticinio de que, lamentablemente, los levantamientos armados será una realidad que vertebrará la historia del siglo, tal como afirma en la última frase del párrafo: «[...] aún después de vencidos los franceses, todavía tendremos para un ratito» (2006: 630).

Vicente Sardina y *El Empecinado* parecen emanaciones de los valores positivos de la guerrilla, mientras que la mayoría de los personajes retratados serían la versión negativa de la misma. Frente a las motivaciones espúreas de Mosén Antón —orgullo, envidia— y Albuín —codicia— se alzan las figuras de dos guerrilleros que se rigen por un noble código de valores morales y patrióticos, de ética intachable, que a pesar de su bravura y el arrojo en la batalla a la hora de defender la independencia nacional, aman la paz tal como proclama el propio Albuín:

[...] él [Juan Martín] y yo no ambicionamos honores ni grados ni riquezas, y solo deseamos la paz, la felicidad de la patria, la concordia de los españoles, para que sea lícito volver a nuestra labranza y al trabajo honrado y humilde de los campos que es la mayor y única delicia en la tierra (2006: 630).

Para Galdós el guerrillero es el representante del pueblo en defensa de su identidad nacional, pero a la vez simboliza el carácter combativo innato del español, dispuesto a coger las armas en cuanto se oye el grito de *echarse a la calle*, no solo para defender a la patria frente a la intrusión extranjera, sino también para dirimir entre ellos mismos cualquier cuestión conflictiva de índole política o social, tal como ha puesto de manifiesto la violenta y convulsa historia de España del siglo XIX. De ahí que el escritor canario no dude en enaltecer en este episodio a *El Empecinado* como ejemplo de valores morales y patrióticos, pero también desenmascare a esos falsos patriotas que bajo la máscara de guerrilleros esconden su naturaleza violenta y los más viles intereses personales. Galdós reflexiona, especialmente, en este episodio, pero también a lo largo de la primera serie, sobre lo que el fenómeno de la guerrilla trajo consigo, una inestabilidad política que en

definitiva nutre los individualismos, localismos y falta de cohesión de la sociedad española del XIX (Sánchez, 2008: 167), tal como el propio novelista apunta en el conocido párrafo con el que concluyo este trabajo:

La guerra de la Independencia fue la gran academia del desorden. Nadie le quita su gloria, no señor; [...] A ellos les debemos la permanencia nacional, el respeto que todavía infunde a los extraños el nombre de España, y esa seguridad vanagloriosa pero justa que durante medio siglo hemos tenido de que nadie se atreverá a meterse con nosotros. Pero la guerra de la Independencia, repito, fue la gran escuela del caudillaje, porque en ella se adiestraron hasta lo sumo los españoles en el arte para otros incomprendible de improvisar ejércitos y dominar por más o por menos tiempo una comarca; cursaron la ciencia de la insurrección, y las maravillas de entonces las hemos llorado después con lágrimas de sangre (2016: 207).

BIBLIOGRAFÍA:

- ASUÍN CIRUELOS, Alberto (2016), «Creando un héroe. El Empecinado y su propaganda durante la guerra de la Independencia (1808-1814)», *RUHM*, 5/9, pp. 134-152.
- AYALA, M^a. de los Ángeles (2016), «Heroínas y guerrilleras en la primera serie de los *Episodios Nacionales* galdosianos», *Moenia*, 22, pp. 3-16.
- AYMES, Jean-René (2001), «La guerrilla española (1808-1814) en la literatura testimonial francesa», en José Antonio Vicente (Coord.), *La Guerra de la Independencia: Estudios*, Vol. 1, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 15-34.
- BAQUERO GOYANES, Mariano (1963), «Las caricaturas literarias de Galdós», en *Perspectivismo y contraste (de Cadalso a Pérez de Ayala)*, Madrid, Gredos, pp. 42-82.
- Biografía de don Juan Martín El Empecinado* (1843), Madrid, Imprenta Unión Comercial.
- CASTILLO, Diego del (1810), *Origen del Patriotismo del Héroe de Somosierra, o sea El Empecinado*, Cádiz, Imprenta de la Misericordia.
- DÍEZ DE REVENGA, Javier (2007), «La Guerra de la Independencia en la Literatura Española», *Cuadernos del Lazarillo. Revista literaria y cultural*, 33, pp.12-21.
- El Empecinado. Apuntes de la vida y hechos militares del brigadier Don Juan Martín Díez* (1814), Madrid, Imprenta de Fermín Tadeo Villapaldo.
- Entrada del Empecinado en Valencia. Drama histórico en dos actos* (1811).
- ESDAILE, Charles (2006), *España contra Napoleón: guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas*, Barcelona, Edasha.
- FLORES RUIZ, Eva María (2018), «El Empecinado y Mosén Antón en los márgenes del heroísmo: a propósito de un episodio nacional de Pérez Galdós», en *Guerras de soledad, soldados de infamia. Representaciones de combatientes irregulares, clandestinos o mercenarios en la literatura española*, Eva María Flores Ruiz y Fernando Duran López (eds.), Palma de Mallorca, Genuve Ediciones, pp. 111-129.
- FREIRE LÓPEZ, Ana María (2008), «La Guerra de la Independencia en el teatro lírico español (1814-1914)», en *Guerra, sociedad y política (1818-1814)*, Francisco Miranda Rubio (Coord.), Vol. 1, Pamplona, Universidad Pública de Navarra – Gobierno de Navarra, 2008, pp. 283-304.
- (2009), *El teatro español entre la Ilustración y el Romanticismo. Madrid durante la Guerra de la Independencia*, Madrid, Iberoamericana.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (2018), «El mundo de las guerrillas (1808-1814) visto por Valentín de Llanos y por Telesforo de Trueba y Cosío», en *Guerras de soledad, op. cit.*, pp. 99-110.
- González Dávila, M^a. José (2018), «*Marica: A Story of Guerrilla Warfare* y *Salvador, the Guerrilla*: la ambigüedad de la guerrilla en la obra de Telesforo Trueba y Cossío», *Crítica Hispánica*,

Vol. XL, 2, pp. 53-63.

- MOLINER PRADA, Antonio (2004), *La Guerrilla en la Guerra de la Independencia*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- (2008), «Rebeldes, combatientes y guerrilleros», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 38-1, pp. 115-134.
- Pérez Galdós, Benito (2005), *Episodios Nacionales. Primera serie (I)*, Yolanda Arencibia (ed.), Las Palmas, Cabildo de Gran Canaria.
- (2006), *Episodios Nacionales. Primera serie (II)*, Yolanda Arencibia (ed.), Las Palmas, Cabildo de Gran Canaria.
- RIPOLL SINTES, Blanca (2017), «La figura del guerrillero carlista en *Un faccioso más y algunos frailes menos* (1879) de Benito Pérez», en *La historia en la literatura española del siglo XIX*, J. M. González Herrán, M. Cristina Carbonell, H. Gold, D. Thion Soriano-Mollá, B. Ripoll Sintes, J. Cáliz Montes (eds.), Barcelona, Ediciones de la Universidad de Barcelona, pp. 309-326.
- ROMERO FERRER, Alberto (2013), «El “fluido eléctrico” del teatro en la Guerra de la Independencia y las Cortes: la teatralización de la Historia y la Política», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 19, pp. 195- 219.
- Rubio Cremades, Enrique (2007), «La Guerra de la Independencia en la encrucijada literaria de los siglos XVIII y XIX», *Cuadernos del Lazarillo. Revista literaria y cultural*, 33 pp. 27-33.
- RUIZ DE CONCEJARES, Francisco Alonso (1811), *Resumen histórico militar de los principales hechos del Señor D. Juan Martín, por sobrenombre El Empecinado, comandante de la Quinta División del segundo ejército. Desde finales de junio de 1808 hasta abril de 1811*, Ciudad de Méjico, Imprenta de Juan Bauista de Arizpe.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel (2008), *La historia imaginada. La Guerra de la Independencia en la literatura española*, Madrid, CSIC, 2008.
- URIZ, Nicolás de (1811), *El Brigadier Don Juan Martín (El Empecinado) defendido contra la Gazeta de la Provincia de Guadalajara, del 23 de junio de 1811*, Iniesta, Imprenta Volante de la Provincia de Cuenca.
- VILAR, Pierre (1999), *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la Historia de España*, Barcelona, Crítica.